

ELISABETTA GNONE

# Jum HECHO de OSCURIDAD



SILUETAS EN PAPEL DE LINDA TOIGO



Duomo ediciones



*Erisina Casol  
llamada Casolina*



*El profesor Debrís*



*Parnisel Dipí  
llamada Tomeo*



*El señor Yibod*

# LOS PROTAGONISTAS



*Abuela Almida*



*Tincredo Cod  
llamado Barcamorros*



*Don Sero*

# LOS PROTAGONISTAS



*Pogo Grampet*



*Davin Grampet*



*Bruno Debris  
llamado Oruga*



*Timet Grampet*



*Querpiá Brámic*

*Almaris Grampet  
llamado Ori*

*Grumo Malan*



Proyecto gráfico y artístico de Elisabetta Gnone  
Diseño de sobrecubierta de Scozese Design  
Diseño de cubierta de Elisabetta Gnone  
Siluetas en papel de Linda Toigo  
Fotografías de Gianluca Camporesi  
Posproducción digital de Litomilano  
Adaptación de la maqueta: Endoradisseny

UNA PRODUCCIÓN



B O M B U S

[www.olgadepapel.com](http://www.olgadepapel.com)  
[facebook.com/olgadepapel](https://facebook.com/olgadepapel)  
[twitter.com/olgadepapel](https://twitter.com/olgadepapel)  
[instagram.com/olgadepapel](https://instagram.com/olgadepapel)  
[olgadepapel@bombusmedia.com](mailto:olgadepapel@bombusmedia.com)

Titulo original: *Olga di carta. Jum fatto di buio*  
Traducción: Miguel García

© 2017 Bombus S.r.l. por Elisabetta Gnone  
(texto e ilustraciones)

ISBN 978-84-17128-55-5  
Código IBIC: YF  
DL B 16516-2018

© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: octubre de 2018  
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
[www.duomoedizioni.com](http://www.duomoedizioni.com)  
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*A Naim*

Todo el mundo sabía que a Olga le gustaba contar bien sus historias y que, si no, no las contaba. Así que, cuando la joven Tindal comenzaba un nuevo relato, la gente se ponía a escuchar. Puede que fuera por las ansias de conocer de quienes jamás se habían movido del pueblo, o puede que por las cosquillas que cada una de las historias hacía en un rinconcito de la mente, transformando fatigas y preocupaciones en sueños y esperanzas, o quizá fuera la fascinación por lo ignoto y lo extraordinario, pero el caso es que, cuando Olga empezaba a contar, quienes estaban cerca aguzaban el oído, las ventanas se entreabrían, en los patios las voces cesaban, rostros de curiosidad asomaban entre la ropa tendida y quienes estaban en casa salían arrastrando consigo una silla.

Tan extraño como cierto, aquella chiquilla de poco más de once años era uno de los pasatiempos más gratos en el pueblo y uno de los temas que más a menudo y más rato estaba en labios de los habitantes del municipio de Balicó; Olga y sus increíbles historias, que ella juraba haber vivido en persona.

—¡Imposible! —sostenían algunos.

—¡Ojalá! —suspiraban otros.

—Por cómo las cuenta, ¡solo pueden ser verdad!  
—pensaban muchos.

—Por otra parte, ¿qué niña puede conocer tantas cosas y saber contarlas con tanta gracia y maestría?

Respecto a esto, las teorías eran innumerables, y la de la sabia Tomeo era, sin sombra de duda, la más convincente:

—Una niña que ha descubierto cómo vencer el miedo —decía la peluquera, que con tijeras y navaja de barbero adecentaba cada día el ánimo humano.

—¿Miedo a qué? —le preguntaban los demás.

—¡A los monstruos que mete en sus historias y a los que todos tenemos miedo!

Nunca fue esto tan verdadero como cuando Olga contó la historia de Jum...



# Jun HECHO de OSCURIDAD

LAS HISTORIAS DE OLGA DE PAPEL





# PRÓLOGO

Una gélida mañana de invierno, Olga llevó a Valdo de paseo al bosque para tala, o mejor dicho, a lo que había quedado de él. Los leñadores habían llegado con sus sierras y sus hachas, y casi todos los árboles habían sido abatidos. Pero no todos: tal como había previsto el profesor, algunos, los llamados «resalvos», se habían respetado para crear el nuevo bosque. Uno aquí y otro allá, los vastagos, como también eran conocidos los árboles jóvenes, se balanceaban solitarios en el claro azotado por el viento.

Olga y Valdo iban a verlos con frecuencia. Acariciaban sus delgados troncos con la esperanza de encontrarlos un poco más crecidos cada día. Valdo, de vez en cuando, levantaba la pata y regaba uno.

—No creo que le guste, ¿sabes? —le decía Olga.

El perro bajaba la pata y seguía errando con la nariz pegada a la hierba.

Los pájaros revoloteaban incrédulos, y temerosos por no poder refugiarse entre las ramas si las patrullas de cuervos llegaban a la caza de presas. De repente ya no había follaje, ni trinos. Solo el silbido del viento.

Sentada en una roca en el punto más alto de la colina, Olga se arrebujó en el abrigo mientras observaba el nuevo paisaje.

—Ahora que el bosque ya no existe, desde aquí se ven nuestra casa y el campanario de Balicó —dijo asombrada—. ¿Tú te imaginabas que estaban tan cerca, Valdo? A

pie parece una larga caminata hasta el pueblo y en cambio... Es un bonito descubrimiento, ¿no? Solo que ojalá no hubiese este vacío. No me gusta nuestra colina sin los árboles, le falta algo. Y no está bien que le falte.

Se quedaron contemplando el panorama en silencio hasta que el frío pudo con ellos. Entonces se lanzaron cuesta abajo por el sendero que llevaba al río, corriendo como locos, esquivando prominencias y pedruscos.

—¿No te recuerda a alguien este vacío? —le preguntó Olga al perro, sin detenerse. Valdo no contestó, pero la chiquilla sabía que su amigo había comprendido: ninguno de los dos olvidaría jamás a Jum, porque, cuando conoces a Jum hecho de oscuridad, ya no lo olvidas.



## UNA ESTELA MISTERIOSA

**E**n el bar del pueblo, en las casas y por la calle no se hablaba más que de ella: la nieve. Había nevado mucho aquel año y toda la región estaba cubierta de un manto blanco que uniformaba desniveles, redondeaba aristas, alisaba rugosidades y creaba un mundo blando, cegador y silencioso.

En las calles del pueblo carros, hombres y animales avanzaban despacio, produciendo atenuados crujidos, golpes sordos y rumores de suelas deslizándose sobre el hielo.

Los zapateros, en sus talleres, clavaban suelas de goma a los zapatos, los artesanos anudaban sin descanso resistentes escobas de sorgo, los hombres partían leña para las estufas y chimeneas, mientras que chicos y chicas se ofrecían para despejar las puertas de las casas a quienes no tenían tiempo o fuerzas para hacerlo por sí mismos y pagaban de buena gana unas monedas a cambio del favor.

Quienes tenían gallinas valerosas, que ponían incluso en aquel gélido invierno, vendían huevos frescos en la plaza a quienes se los habían pedido el día anterior.

—Para mí media docena.

—Una docena para mí.

—¡Cuánta nieve! ¡Cuánta nieve!

—¡Jamás se había visto una nevada así!

—¿Cómo que no? La Gran Nevada de hace diez años.

Sepultó el carro de los Gayín con los bueyes enganchados.

No los encontraban.

—Pero me parece que era febrero.

—No, era diciembre, como ahora.

—¿Y hacía tanto frío?

—¡Vaya que si lo hacía! Mi Digio estuvo en la cama con gripe durante un mes.

—Y concebisteis a vuestro hijo.

—Qué insolencia.

—¡Y vuelve a caer!

—No es normal.

—¿El qué, que nieve en invierno?

—Por muy invierno que sea, yo digo que aquí hay algo detrás.

—¿Detrás de la nieve?

—Venga, venga, que me has comprendido.

—¿Un hechizo?

—No sería la primera vez.

—¡Qué estupidez!

—¿Por qué? En el fondo tenemos a alguien que sería capaz, ya me entendéis...

—Si te refieres a la pequeña Olga, ¡entonces es una estupidez monumental! ¡Algunas cosas no existen!

—Ah, esta sí que es buena, no crees en los hechizos, pero te tragas las historias que cuenta esa chiquilla.

—Me las creo porque son ciertas, y tenemos pruebas.

—No existen pruebas de que Olga haya visto y hecho las cosas increíbles que dice haber hecho y visto en sus historias.

—¡Existen! Debrís nos lo demostró la última vez.

—¿La historia de la niña de papel? Ah, no, escúchame bien, yo no...

—Chist, bajad la voz. Podría llegar de un momento a otro. Es más, qué raro que no esté ya aquí.

—Todo es raro cuando se habla de Olga.

—Pobre niña.

—Es tan delgada.

—Sí, como una hoja.

—Etérea, diría yo.

—¡Sí! Parece que va a salir volando en cualquier momento.

—Como un papelito.

—Quién sabe qué nos contará la próxima vez.

—Hace ya tiempo que no cuenta nada.

—Pero ¿dónde se habrá metido?

—Qué tarde es.



Con la cesta llena de huevos colgada del brazo, Olga esperaba a que la balsa del señor Cod fuera a recogerla.

El río estaba parcialmente helado y la niña se preguntaba cómo harían los castores para sobrevivir. Olga no había visto nunca un castor hasta aquel verano, cuando había aparecido una madriguera justo delante de su amarradero,

en una curva resguardada donde el río creaba un laguito. Un gran macho había trabajado durante días con ramitas, barro y briznas de hierba, y un montículo había surgido en medio del meandro.

Al macho se le había unido pronto una hembra y al final habían llegado tres crías. Durante todo el verano, Olga y Valdo habían asistido a los juegos de los pequeños castores. Luego, las crías habían crecido y todos juntos, padres



e hijos, habían seguido viviendo en la madriguera, que entretanto se había hecho más grande.

Ahora, sin embargo, el montecito estaba aprisionado por el hielo y Olga se preguntaba si la familia permanecería en él o habría emigrado al sur, como hacen las ocas.

El berrido de Cod la sacó de sus pensamientos.

—¡Fuera, fuera! ¡Apártate de ahí!

Olga retrocedió unos pasos mientras el barquero, con



malos gestos, le indicaba que se echara hacia atrás. Los chicos lo llamaban «Barcamorros» porque siempre estaba de pésimo humor. «Una farola negra en una noche de lluvia», así lo describía alguien. Y, en efecto, era alto y curvado como una farola, flaco como un esqueleto, de pelo gris largo y grasiento, rostro lívido. «Una lápida», murmuraba la abuela de Olga a veces al bajar de la balsa sin despedirse de él.

Durante toda la travesía el hombre no dejó de mascullar blasfemias. Gruñía en voz baja, en el habla cerrada del río, pero Olga comprendía lo que decía: la llamaba tonta.

—¡Después de tantos años se queda ahí encima del muelle esa tonta!

Olga, sin embargo, sabía muy bien dónde había que ponerse cuando la balsa atracaba. Solo que se había distraído pensando en los castores. Bajó dando las gracias con la cabeza gacha.

Antes, desde aquel punto se habría adentrado en el bosque. Pero el bosque ya no estaba, por eso Olga echó a andar por la nieve inmaculada.

Si los árboles hubieran seguido en su sitio, habría huellas del ir y venir de conejos, liebres, ardillas, cuervos y zorros, mientras que bellotas, hojas, agujas y ramitas habrían creado un sendero rápido y seco.

Así, en cambio, la niña se hundía a cada paso en la nieve alta y tenía que ser más hábil que un malabarista para no volcar la cesta con huevos.

—¡Oooh, socorro! —exclamó de pronto, cayendo todo lo larga que era.

Una decena de huevos salieron rodando de la cesta. Olga alargó la mano y pudo recuperar uno, luego otro, un

tercero... Todavía tumbada, iba a coger el cuarto, pero se quedó con el brazo en el aire: el huevo se encontraba en medio de un rastro reciente. Alguien había pasado y había ido dejando tras de sí una estela.

«Va hacia el río», se dijo la niña, intrigada. «Quizá buscara cobijo en el viejo bosque y, al no encontrarlo, ha continuado. Hum... pero es raro...» Le habría gustado seguir la pista, pero no tenía tiempo. Recogió los huevos todavía esparcidos, se sacudió el abrigo, se enrolló bien la bufanda alrededor del cuello y prosiguió hacia el pueblo.

Ya no le costaba tanto trabajo, o al menos le parecía que no le costaba, porque estaba concentrada en el rastro misterioso y se preguntaba quién lo habría dejado.

Cuando al fin entró en la plaza de Balicó, casi se asombró de encontrarse ya allí.

—¡Por fin! —exclamaron los que esperaban. Todos reclamaban sus huevos.

—¡Para mí media docena!

—¡Para mí una docena!

—¿Dónde te habías metido?

—¡Es tarde!

—¿A qué hora voy a cocinar yo si llegas a las tantas?

Entre los enfadados por el retraso de Olga, la señora Reda era la más fastidiosa.

—Me parece que estás más gorda, si es que puede decirse gorda a una hoja —dijo escrutando a la niña.

—Son los periódicos —respondió Olga, y se sacó de debajo del abrigo unas hojas de periódico dobladas, que le servían para envolver los huevos y mantenerla caliente a ella durante el trayecto.

La señora Reda suspiró.

—Necesito ocho —dijo impacientada, adelantando una mano.

En aquel momento, un niño señaló con el dedo y exclamó:

—¡Olga de papel!

Los demás abrieron mucho los ojos y se echaron a reír.

—¡Olga de papel! —repitieron todos a coro—. ¡Eres tú misma!

Unos meses antes, la joven Tindal había contado la historia de una niña hecha de papel y que se llamaba Olga, como ella. A los diez años recién cumplidos había emprendido un viaje en busca de la maga que podría transformarla en una niña de carne y hueso, y por eso había vivido una gran aventura.

—Te llamas Olga, eres muy delgadita, estás hecha de papel, de periódicos, y has hecho un largo viaje para llegar hasta aquí, ¡así que Olga de papel eres tú! —sentenció el niño.

La señora Reda hizo una mueca irónica.

—Al final resultará que, si todo lo que cuentas es cierto, tendremos que pedirte que la próxima historia no tenga por protagonista a un ogro o nos lo encontraríamos aquí haciendo cola para los huevos —dijo, metiendo el envoltorio en el capacho mientras los demás estallaban en carcajadas. Casi todos.

Apartada, seria, esperaba su turno Erisina Casol, apodada Casolina. Era una buena persona que abultaba como un tiro de bueyes pero tenía la gracia de un pajarillo, y era gentil. Todo en ella era delicado y agradable: la cara

rosada, la sonrisa pequeña y compuesta, la ropa bien cortada sobre su magnífica figura, los pasitos ligeros sobre tacones de aguja.

Quería mucho a Olga y le encantaban sus historias, pues en ellas encontraba a menudo imágenes que le eran familiares, entonces se alzaba como una ola y exclamaba: «¡Me acuerrdo, me acuerrdo!», y contaba toda emocionada un episodio de su pasado.

Había llegado a Balicó siguiendo a su tercer marido, un granuja que después había desaparecido con una mujer más joven, dejándola sola en un país extranjero cuyo idioma no entendía. Casolina venía de un país lejano que, decía, era precioso y donde había dejado los afectos más íntimos. Durante años había sufrido una melancolía aguda que le había quitado la sonrisa y las ganas de hacer nada. A quien le preguntaba por qué no regresaba a casa, le respondía con una mirada vacua.

—Habrá olvidado el camino de vuelta —suponía la gente.

La gente se equivocaba: Casolina estaba triste pero era también una gran luchadora.

—Futurro delante, no detrrás —decía.

Y, mirando hacia adelante, resistiendo, con el paso de los años, la ayuda de los amigos y el sostén de las historias de Olga, se había establecido en Balicó. Después, un día, un perrito de nombre Bambú había devuelto la luz a su vida.

—Esto es para usted —le dijo Olga, entregándole un envoltorio. Bambú se empinó para olisquear el contenido y Olga le hizo una caricia.

—¡Grracias! —dijo Casolina con su acento extranjero—. Debe de haberr sido difícil llegarr hasta aquí con la

nieve. Has sido muy valiente y amable no rrenunciando, así ahorra nosotrros tenemos los huevos.

—El bosque ya no está —dijo Olga, encogiéndose de hombros.

—Sí, yo he sabido. Y tampoco el camino está ya. Es feo. Pero ¿qué hacerr? La leña es necesaria para estufas y hacerr muebles, ¿no? Eso no se puede combatirr. Tampoco a ellos se puede combatirr... —La señora aludía a las personas que se alejaban, cada una con su envoltorio de huevos en el capacho—. Tú no escuches a ellos. Tú no erres Olga de papel, ¡tú erres Olga Tindal! Olga de papel volvió a su pueblo en la cima de montañas. Pero Olga de papel no es mal apodo, ¿no? ¡Es bonito! Yo quisiera serr ligerra como hojita. En cambio, ¡peso como buque! —Se echó a reír de aquella agradabilísima manera suya que recordaba el sonido de guijarros rodando en el fondo de un arroyo. Antes de despedirse, preguntó—: Cuando tú contarrás nueva historia, ¿me lo dirrás?

Olga asintió con una sonrisa y Casolina le estampó un beso en la mejilla.

Lentamente, la plaza fue vaciándose. Olga colocó los periódicos encima de los huevos y se marchó con la cesta, tenía más entregas que hacer.